

El patinazo social de Sophie

Londres, Junio, 1833

Si la condesa de Liverpool no hubiera sido una ferviente admiradora de las criaturas acuáticas, quizá todo habría sido diferente.

Tal vez entonces nadie hubiera sido testigo de los acontecimientos del 13 de junio en la legendaria fiesta que ofreció para celebrar el final de la temporada de 1833. Quizá Londres se hubiera sentido feliz hablando de la miríada de anfitriones que se propagarían como escarabajos por los campos británicos a lo largo del idílico verano.

Quizá.

Pero un año antes, la condesa de Liverpool había recibido de regalo media docena de carpas naranjas y blancas que se decía que eran descendientes directas de los venerados Shoguns de Japón. Sophie consideraba que la historia era totalmente inverosímil y que Japón seguía estando muy aislado del resto del mundo, pero *lady* Liverpool se sentía muy orgullosa de sus mascotas y las cuidaba con una pasión casi enfermiza. Seis se habían convertido en dos docenas y la fuente en la que vivían aquellas criaturas había dado paso a un lugar que solo podía describirse como un estanque.

Sin embargo, los peces habían despertado la imaginación de la condesa, y la *soirée* veraniega de los Liverpool tuvo como tema un extraño mundo chino a pesar de que la condesa sabía todavía menos sobre China que sobre Japón. De hecho, cuando los saludó, iba envuelta en una elaborada y diáfana seda blanca y naranja con la que pretendía evocar a sus preciadas carpas.

—Por lo que se ve, nadie sabe nada sobre Japón —les dijo, explicándoles su razonamiento—. Los japoneses son muy re-

servados, lo que los hace poco divertidos para una fiesta temática. Sin embargo, China está tan cerca... que es casi lo mismo.

Cuando Sophie le dijo a la condesa que ambas culturas no se parecían en absoluto, esta soltó una risita y agitó un brazo cubierto por aletas de seda.

—No se preocupe, *lady* Sophie. Estoy segura de que en China también hay carpas.

Sophie había lanzado a su madre una mirada desesperada al escuchar aquellas ignorantes palabras, pero esta no se dio por enterada. Durante semanas, Sophie había insistido en que China y Japón no eran lo mismo, aunque nadie la había escuchado. Su madre estaba demasiado agradecida por que las hubieran invitado a un evento tan exclusivo. Después de todo, las hermanas Talbot no solían frecuentar tales acontecimientos.

Tanto ellas como el resto de la aristocracia se habían ataviado con una enorme variedad de brocados, cada uno más elaborado que el anterior, de tonos rojos y dorados, y se habían cubierto la cabeza con extravagantes sombreritos que habían mantenido ocupadas a todas las modistas de Londres en cuanto se empezaron a recibir las invitaciones.

Sophie, sin embargo, se había resistido ante la insistencia de su madre a participar en la farsa y, para consternación de su familia, su atuendo era de un ordinario amarillo pálido.

Y así fue como aquel precioso día de mediados de junio, *lady* Liverpool se fijó en la pobre y poco interesante Sophie —que no era la más hermosa, la más loca ni la que mejor tocaba el piano de las Talbot— y le sugirió que quizá le gustaría ver las nuevas carpas en un entorno adecuado.

Sophie aceptó tan contenta la oferta, agradeciendo poder alejarse de la fiesta repleta de aristócratas y de sus intensas miradas, que tanto ella como su familia evitaban siempre que podían. Después de todo no había una mirada tan penetrante como aquella que fingía eludir el objeto de su curiosidad. Y eso era particularmente cierto cuando los objetos en cuestión eran imposibles de ignorar.

Las miradas habían seguido a las jóvenes Talbot desde que comenzaron a ser presentadas en sociedad —cinco hermanas en cuatro años—, y cada una fue peor recibida que la anterior, mientras las invitaciones habían ido disminuyendo cada temporada que pasaba.

Sophie siempre había deseado que su madre abandonara ese sueño de querer que sus hijas fueran aceptadas en la sociedad, ya que era algo que jamás ocurriría. En consecuencia, Sophie estaba allí, ocultándose como podía en los ornamentados jardines de los Liverpool, fingiendo no estar escuchando los insultos que lanzaban contra sus hermanas con tanta regularidad que ya no suponían ninguna novedad.

Así fue como, con no poco alivio, Sophie siguió las instrucciones de su anfitriona y se dirigió al legendario invernadero de los Liverpool, una enorme construcción de vidrio donde se podía admirar una impresionante variedad de flora, que prometía no proporcionar ningún chisme.

Buscó en su interior el estanque de peces, caminando entre los limoneros, que crecían exuberantes en macetas, y los impresionantes helechos, hasta que oyó unos sonidos: una especie de gritos rítmicos e inquietantes, como si alguna pobre criatura estuviera siendo torturada entre los rododendros.

Convencida de que la criatura en cuestión necesitaba claramente ayuda, se acercó a investigar. Por desgracia, cuando encontró el origen de los ruidos, se hizo muy evidente que la mujer en cuestión no necesitaba asistencia.

Ya la estaba recibiendo.

Del cuñado de Sophie.

Es preciso anotar que la mujer no era su hermana.

Razón por la cual, después de recuperarse de su conmoción inicial, se sintió con todo el derecho de interrumpir.

—Excelencia... —pronunció con voz firme y clara, rompiendo el silencio con el desprecio que sentía por ese hombre y por el mundo que le había otorgado tanto poder.

La pareja se quedó inmóvil. Una bonita cabeza rubia apa-

reció por detrás del brazo de su cuñado, cubierto con una pagoda de seda roja de la que colgaban multitud de borlas doradas, unos grandes ojos azules se clavaron en ella parpadeando.

El duque de Haven no se dignó siquiera a mirarla.

—Vete.

Sin duda, no había nada en el mundo que Sophie odiara más que la aristocracia.

—¿Sophie? Mamá está buscándote... Ha interceptado al capitán Culberth en el campo de croquet, pobre hombre, está a punto de matarlo con ese enorme abanico que ha insistido en llevar. Debes ir a rescatarlo.

Sophie cerró los ojos al escuchar aquellas palabras, deseando no haberlas oído. Deseando que la persona que las acababa de decir estuviera a mucha distancia. Se dio la vuelta para detener el avance de su hermana.

—No, Sera...

—¡Oh! —Seraphina, duquesa de Haven, de soltera Talbot, se detuvo en seco cuando dobló la esquina hacia el bosquecillo de plantas en maceta, percibiendo la escena con las manos sobre su vientre, que sobresalía ligeramente donde crecía el futuro duque de Haven—. ¡Oh! —Sophie percibió la sorpresa en la expresión de su hermana al asimilar la escena, que fue seguida con rapidez por otra de tristeza y luego una de fría calma—. Oh... —repitió.

El duque no se movió. No miró a su esposa, a la madre de su futuro hijo. En su lugar, empujó con una mano la cabeza de rizos rubios y habló con la boca pegada al cuello de su amante.

—He dicho que os vayáis.

Sophie miró a Seraphina, que se irguió en toda su altura y trató de ocultar todas las emociones que debía estar sintiendo. Que Sophie no pudo evitar sentir las con ella. Deseó que su hermana dijera algo. Que luchara por sí misma. Por su hijo no nacido.

Pero Seraphina se dio la vuelta.

Sophie no pudo reprimirse más.

—¡Sera! ¿No piensas decir nada? —La mayor de las Talbot sacudió la cabeza. Aquel movimiento de renuncia hizo que Sophie se viera atravesada por una sacudida de ira e indignación que la impulsó a volverse hacia su cuñado—. Si no lo hace ella, lo haré yo. Eres un pomposo asqueroso. Un ser deleznable y repugnante.

El duque le dirigió una mirada desdeñosa.

—¿Debo continuar? —espetó Sophie.

La rubia jadeó entre los brazos de su cuñado.

—¡Por favor! No se puede hablar a un duque de esa manera. Es una terrible falta de respeto.

Sophie resistió el impulso de arrancar el ridículo sombrero de la cabeza de aquella mujer y pisotearlo.

—Tiene razón. Soy la única que está faltando el respeto en este momento —ironizó.

—Sophie... —susurró Seraphina. Sophie percibió la urgencia en aquella palabra, como si quisiera impulsarla fuera de la escena.

El duque emitió un largo suspiro, soltó a la dama en cuestión, le bajó la falda y le indicó que se levantara del lugar donde estaba sentada.

—Vete...

—Pero...

—He dicho que te vayas.

La mujer sabía lo que le convenía y obedeció al instante, enderezando sus borlas y alisándose las faldas antes de desaparecer.

El duque se volvió hacia ella, todavía abrochándose los pantalones. Su duquesa apartó la mirada; Sophie no. De hecho, se puso delante de su hermana como si así pudiera proteger a Seraphina de aquel terrible hombre con el que se había casado.

—Si piensas que vas a asustarnos con tu vulgaridad, puedes ir olvidándolo.

Él arqueó una ceja.

—Claro, vuestra familia está acostumbrada a la vulgaridad. Las palabras querían ofender, y lo hicieron.

La familia Talbot era el escándalo de la aristocracia. El padre de Sophie y Seraphina era un conde de nuevo cuño, hacía solo una década que había recibido el título del rey. A pesar de que su padre nunca había confirmado los rumores, era creencia común que había sido la fortuna que Jack Talbot había hecho con el carbón lo que había comprado el título. Algunos decían que lo había ganado en una partida de faro y otros que era el pago por haberse hecho cargo de una deuda particularmente embarazosa del rey.

Sophie no lo sabía y tampoco le importaba demasiado. Después de todo, el título de su padre no tenía nada que ver con ella; jamás hubiera elegido relacionarse con el mundo aristocrático.

De hecho, habría elegido cualquier otro entorno antes que ese, donde la gente hablaba mal y se metía con sus hermanas. Alzó la barbilla y se enfrentó a su cuñado.

—Pues no parece importarte mucho gastar nuestro dinero.

—Sophie... —repitió su hermana, y esta vez su voz estaba cargada de censura.

Se sintió furiosa con Seraphina.

—No puedes defenderlo de ninguna forma. Es cierto, ¿verdad? Antes de casarse contigo, era pobre. ¿De qué sirve tener un ducado si no puedes mantenerlo? Debería arrodillarse para darte las gracias, venerar tu nombre.

—Le he dado mi apellido, ¿no es cierto? —El duque se estiró una de las mangas de la levita—. Estás loca si piensas que eso es factible. Le he presentado a vuestro padre a todos los inversores de la nobleza. Prospera gracias a mi buena voluntad. Y sí, me gasto el dinero con placer —escupió—, porque ser pescado por la puta de tu hermana me ha convertido en un hazmerreír.

Sophie contuvo el aliento al oír el insulto. Conocía las his-

torias que circulaban sobre que su hermana lo había pescado, sabía que su madre había presumido ante todo el que quisiera escucharla de que su hija mayor se había convertido en duquesa. Pero no estaba dispuesta a soportar los insultos de ese hombre.

—Va a tener a tu hijo.

—Eso dice... —Pasó junto a ellas hacia la salida del invernadero.

—¿No crees que esté embarazada? —le dijo a su espalda, sorprendida, mirando a Seraphina con los ojos muy abiertos, que los observaba cubriéndose la pequeña curva de su vientre con las manos. Como si así pudiera proteger a su hijo de que el padre fuera un monstruo.

Cuando Sophie se dio cuenta de lo que quería decir realmente, siguió al duque.

—¿Dudas que el hijo sea tuyo?

Él se dio la vuelta y la miró con una frialdad llena de desprecio. Sin embargo, no tenía los ojos clavados en Sophie, sino en su esposa.

—Pongo en duda cada palabra que sale de sus labios mentirosos. —Sophie se dio la vuelta y miró a su hermana, alta, orgullosa y llena de fría reserva, salvo la lágrima que se deslizaba lentamente por su mejilla mientras observaba a su marido.

Y en ese momento, Sophie ya no pudo soportar más aquel mundo lleno de reglas, jerarquías y desdén. Ese mundo en el que no había nacido. Ese mundo que jamás habría elegido.

Ese mundo que odiaba.

Siguió a su cuñado con intención de vengar a su hermana.

Él se volvió, posiblemente porque llegó a sus oídos la desesperación con la que la llamó su hermana, o quizá porque oír a una mujer corriendo hacia él fue lo bastante extraño para sorprenderlo, o tal vez porque Sophie no pudo evitar expresar su frustración y su grito casi salvaje resonó en el recinto.

Lo empujó tan fuerte como pudo.

Si él no hubiera estado girando, ya desequilibrado...

Si no lo hubiera impulsado con tanta fuerza...

Si el suelo que él pisaba no hubiera estado resbaladizo por el minucioso trabajo realizado por los jardineros a primera hora del día...

Si la condesa de Liverpool no hubiera adorado sus carpas...

—¡Pequeña arpía! —gritó el duque desde el punto donde aterrizó, en el centro del estanque, con las rodillas dobladas, el pelo mojado pegado a la cabeza y los ojos llenos de furia. En su expresión había una muda promesa—. ¡Te destruiré!

Sophie respiró hondo. Supo con absoluta certeza que ya, de perdidos, al río, así que puso los brazos en jarras, se acercó al borde del estanque y bajó la mirada a su normalmente imponente cuñado.

No lo era tanto en ese momento.

Sonrió, incapaz de reprimirse.

—Inténtalo.

—Sophie... —dijo una vez más su hermana con tono de consternación y pesar.

—¡Oh, Sera! —la consoló, volviéndose hacia ella con una sonrisa mientras ignoraba los catódicos gritos de su cuñado—. No me digas que no has disfrutado un poco.

Hacía muchísimo tiempo que Sophie no tenía un momento tan agradable en Londres.

—Sí que lo he hecho —musitó su hermana—, pero, por desgracia, no soy la única.

La duquesa le indicó que mirara por encima del hombro. Cuando se volvió, con cierto temor, se encontró a casi la totalidad de la aristocracia londinense mirándola desde el otro lado de la enorme pared de cristal del invernadero.

La vergüenza cayó sobre ella como un rayo.

No importaba que su cuñado se mereciera ser humillado, tener la ropa empapada y las botas arruinadas. No importaba

que cualquier hombre que alardeara de sus aventuras sexuales ante su esposa embarazada y su cuñada soltera fuera un animal de la peor calaña. No importaba que fuera él, y solo él, el que había hecho algo escandaloso.

A los duques les resbalaban los escándalos.

Sin embargo, a las hermanas Talbot se les pegaba a la piel como la miel a la crin de los caballos.

Desde que Jack Talbot se había convertido en el conde de Wight, todo Londres había dirigido su atención y su desprecio a la numerosa y poco refinada familia, aquella gente nada aristocrática que había llegado para quedarse. Que la fortuna del nuevo conde procediera del carbón daba lugar a chistes fáciles, por lo que recibían el apodo de las sucias Talbot, en lo que Sophie suponía que consideraban una ocurrencia inteligente, dado que los nombres de las cinco hermanas comenzaban por «S»: Seraphina, Sesily, Seleste, Seline y Sophie.

Aunque Sophie prefería que las llamaran «las sucias Talbot» que de otra manera mucho menos halagadora, si cabe, que se susurraba en los bailes y salones de té, y especialmente en los clubes de caballeros. Ese otro apodo era una advertencia: aunque Seraphina hubiera pescado al duque perfecto, aunque el dinero hubiera comprado el condado, la casa en Mayfair, los hermosos (y extravagantes) vestidos, los caballos perfectos y los carruajes llenos de detalles dorados, ellas jamás poseerían la sangre adecuada ni lo necesario (se casaran con quien se casaran) para pertenecer a los círculos de la nobleza.

Eran las peligrosas Talbot.

La etiqueta se veía corroborada porque tres de sus hermanas no estaban casadas; cada una de ellas era cortejada de forma extravagante con un pretendiente igual de extravagante. Sus noviazgos rayaban el escándalo y estaban siempre a punto de romperse. Sesily era conocida por ser la musa de Derek Hawkins, reconocido artista, estrella y propietario del Hawkins Theater. Hawkins poseía todo lo que uno podía imaginar, salvo un título, y eso era suficiente para conquistar

el corazón de Sesily. Sin embargo, Sophie no entendería nunca, ni muerta, qué veía su hermana, o cualquier otra persona de la sociedad, en aquel insufrible hombre.

Seleste mantenía una irregular, pública y profundamente emocional relación con el muy guapo (y por desgracia empobrecido) conde de Clare. Era la pareja más dramática que se podía imaginar; discutían en los salones de baile, donde con frecuencia se desmayaban uno en los brazos del otro. Seline, la segunda hermana más joven, estaba siendo cortejada por Mark Landry, el propietario del Criadero de Purasangres Landry, que estaban haciendo que Tattersall's, el organismo que controlaba los pedigrís de los caballos, multiplicara su dinero. Landry era grosero y vulgar, no poseía ni una gota de sangre azul, pero si se casaba con Seline, esta se convertiría, sin duda, en la más rica de las cinco hermanas.

Tales noviazgos estaban de forma constante en boca de todo el mundo, suscitando todos los comentarios imaginables. Y las hermanas Talbot adoraban ese escrutinio, por lo que cada una de ellas se esforzaba por ser la que acaparara las páginas de los escándalos de sociedad, a pesar de la consternación de su madre. Las Talbot florecían bajo la censura de la sociedad, cada crítica que suscitaban en una dama las conducía a un comportamiento todavía más extravagante.

Todas, menos Sophie. Ella, la menor de las Talbot de veintún años, siempre había intentado evitar el escándalo. Pensaba que era porque le importaban muy poco la sociedad, sus reglas y opiniones y, de alguna manera, la sociedad parecía haberlo entendido.

Pero ahora que el duque de Haven estaba en el agua del estanque, con varias plantas acuáticas pegadas a los pantalones antes impecables, parecía que la sociedad ya no estaba interesada en dejar en paz a Sophie Talbot, que hasta ese momento era considerada «la tranquila» de las peligrosas Talbot.

Sophie notó que le ardían las mejillas, pero intentó mantener la cabeza alta mientras salía del invernadero, detenién-

dose en la puerta para escudriñar a la multitud. No faltaba nadie: duquesas, marquesas y condesas la miraban desde detrás de los abanicos que agitaban entre susurros como las cigarras que poblaban el empalagoso aire veraniego. Sin embargo, la respuesta de esas damas a sus acciones no era lo más impactante, ya había sido testigo de los chismes femeninos y cómo alimentaban los escándalos durante años.

Fueron los hombres.

Por lo que ella había visto, los caballeros de Londres se preocupaban poco de los chismes, dejando ese tema a sus esposas y concentrando sus pensamientos en otras diversiones más viriles. Pero, al parecer, no se comportaban así cuando el difamado era uno de los suyos. Los condes, marqueses y duques, así como todos los demás títulos venerables, la miraron con una inequívoca censura.

Repugnancia que se solía describir a menudo como frialdad, pero que en ese momento era tan ardiente como el sol. Sophie levantó la mano sin pensar, como si así pudiera bloquear todo aquel calor.

—¡Sophie! —Su madre se precipitó hacia delante con una amplia sonrisa y un tono lo suficientemente elevado como para provocar los susurros de los asistentes a la fiesta. La condesa llevaba un vestido de color escarlata, que ya habría resultado escandaloso si no estuviera acompañado por una ridícula construcción a juego en la misma tonalidad que se cernía sobre su cara menuda, opacando su belleza con lo que ella consideraba que era la última moda china.

En ese momento, sin embargo, a *lady* Wight no le preocupaba su sombrero. Se abalanzó sobre su hija pequeña con una mirada que solo podía describirse como de pánico, seguida por las tres hermanas Talbot que no habían participado en la charada vestidas como extravagantes patitos.

—¡Sophie! —repitió la condesa—. ¡Has hecho una escena!

—Incluso van a pensar que eres una de nosotras —añadió Sesily secamente. Su impresionante escote amenazaba

con reventar las costuras de la extravagante y ceñida túnica, se podría decir que resultaba casi estridente. Por supuesto, Sesily tenía el temperamento adecuado para lucir tal prenda y resultar tentadora—. Parece que Haven quiere matarte.

«Te destruiré...».

—Creo que lo haría si no tuviéramos tanto público —repliqué Sophie.

—Por desgracia... —siseó su madre entre dientes.

Sesily arqueó una ceja al tiempo que se sacudía una mota invisible de su seno.

—Y si no estuviera tan mojado...

—No hace falta que enseñes los pechos, Sesily. Todas tenemos —añadió Selesté en tono irritado desde el otro lado de un velo de gasa de hilo de oro que le cubría la cara y el cuello, sujeto a una corona.

Seline se rio.

—¡Chicas! —advirtió la condesa.

—Ha sido realmente fantástico, Sophie —aseguró Seline—. ¿Quién iba a imaginar que hicieras tal cosa?

Sophie lanzó una mirada mordaz a su hermana más cercana en edad.

—¿Qué quieres decir?

—Este no es el momento, chicas —intervino su madre—.

¿No ves que esto podría arruinarlo todo?

—Tonterías —repuso Sesily—. ¿A cuántas amenazas de ruina vamos a tener que enfrentarnos antes de que vean que somos como los gatos?

—Incluso los gatos tienen un número limitado de vidas. Hay que reparar este daño. De inmediato —dijo la condesa de Wight antes de recordar dónde estaban: ante los ojos de todo Londres—. ¡Todos hemos visto lo que ocurrió! —dijo entonces, lo suficientemente alto para que todos la oyeran—. ¡Su pobre excelencia!

Sophie se quedó inmóvil, sorprendida por las palabras.

—¿Su pobre excelencia?

—¡Sí, por supuesto! —Por increíble que resultara, la voz de la condesa subió una octava.

Sophie parpadeó.

—Es mejor que le sigas la corriente —intervino Seline de forma casual mientras sus hermanas se amontonaban a su alrededor como enormes cormoranes dorados aficionados a aletear, balanceando todas las borlas—, o mamá se volverá loca por el miedo al ostracismo.

—No te preocupes —dijo Seleste—. Tampoco es como si alguna fuéramos a exiliarnos de verdad. No pueden con nosotras.

Sesily asintió moviendo la cabeza.

—Exacto. Adoran todas nuestras escenas. ¿Qué harían si los priváramos de ellas?

No iba del todo desencaminada.

—Llegaremos más lejos que cualquiera de ellos. Mira a Seraphina...

—Pero Seraphina está casada con un idiota, da igual lo apropiado que parezca —señaló Sophie.

—¡Sophie! ¡Esa lengua! —Parecía que su madre estaba a punto de desmayarse por el pánico.

Sus hermanas asintieron.

—Tendremos que evitar esas palabras —dijo Sesily.

—Está claro que resbaló y se cayó en el estanque —gritó la condesa con mucha desesperación, abriendo tanto sus ojos azules que Sophie llegó a preguntarse si no se le saldrían de las órbitas. Una imagen parpadeó en su mente: su madre persiguiendo por el cuidado césped sus globos oculares, con el extraño sombrero haciéndola caer de bruces, incapaz de soportar el peso.

«¡Menuda imaginación!».

No pudo reprimir la risa.

—Sophie —silbó la condesa entre dientes—. ¡No te atrevas! La risita se transformó en un resoplido.

La condesa de Wight continuó con la mano contra el pecho.

—¡Pobre, pobre Haven!

Era más de lo que Sophie podía soportar. La risa no llegó a estallar porque fue sofocada por la ira. Su familia no había sido la misma desde que su padre recibió el título, desde que su madre era condesa y sus hermanas no solo eran ricas, sino damas ricas que obligaban a la sociedad a reconocer su presencia. Y, de repente, esas mujeres, a las que nunca había preocupado demasiado toda aquella parafernalia de los títulos y el dinero, se habían volcado en ambas cosas.

Nunca habían sido conscientes de la realidad, que las hermanas Talbot podrían casarse con la realeza y no serían bien recibidas en la sociedad. Que la aristocracia toleraba su presencia porque no podían arriesgarse a perder los consejos y la inteligencia del nuevo conde, ni las dotes que había proporcionado a sus hijas. El matrimonio era, después de todo, el negocio más floreciente de Gran Bretaña.

Y la familia de Sophie lo sabía mejor que nadie.

Adoraban el juego. Sus maquinaciones.

Pero a Sophie no le gustaba. No quería nada de eso. Nunca lo había querido. Durante su infancia había vivido perfectamente bien con el dinero y sin el título. Había jugado en las verdes colinas de Mossband, aprendiendo a hacer empanadas con su abuela en la cocina de la casa familiar porque eran la comida favorita de su padre. Había acudido al pueblo cercano a caballo para comprar carne o queso. Nunca había soñado que su marido tuviera título. De hecho, había imaginado un futuro razonable, casada con el hijo del panadero.

De pronto, su padre se convirtió en conde, y todo cambió. Hacía diez años que no pisaba Mossband, desde que su madre cerró la casa y establecieron su residencia en Mayfair. Su abuela ya no estaba, había muerto un año después de dejar la casa. Las empanadas eran consideradas una comida demasiado común para un conde. El carnicero y el quesero entregaban sus productos en la entrada trasera de la impresionante mansión familiar de Mayfair. Y el hijo del panadero... era un lejano y brumoso recuerdo.

Parecía ser la única de su familia que tenía problemas para adaptarse a ese mundo que nunca había deseado. Que nunca había pedido.

Parecía que no preocupaba a nadie que ella odiara todo eso.

Y así fue que en los jardines de los Liverpool, con todo Londres mirándolos, Sophie se cansó de fingir que era una de ellos. Que pertenecía a ese lugar. Que necesitaba su aceptación.

Tenía dinero. Y piernas para moverse.

Miró a sus hermanas, cada una de ellas bien equipada y segura de que algún día gobernaría el mundo. Y ella sabía que nunca sería así. Nunca disfrutaría provocando escándalos. Nunca querría ese mundo y las trampas que ocultaba.

Entonces, ¿por qué quedarse?

No era como si la sociedad fuera a darle la bienvenida a partir de ese día, ¿por qué no asumir el escándalo y decir la verdad por una vez?

Como decía su padre: «De perdidos al río».

Se volvió hacia ellos.

—Por supuesto. Es una parodia que su pobre excelencia haya degradado a nuestra hermana y que a mí no me quedara más remedio que vengar su honor, ya que ninguno de los mal llamados caballeros estaba dispuesto a hacerlo —dijo en un tono lo suficientemente elevado para que todo Londres lo escuchara—. Su pobre excelencia, de hecho, que se ha criado en este mundo al que ha engañado tanto como a sí mismo al ostentar un título de caballero cuando él mismo, y la mayoría de sus iguales, si soy sincera, es un patán. O algo mucho peor.

Su madre tenía los ojos desencajados.

—¡Sophie! Las damas no dicen esas cosas.

¿Cuántas veces la habían advertido que no se comportaba como una dama? ¿Cuántas veces había intentando aparentar una imagen perfecta en ese mundo aristocrático que jamás la aceptaría? ¿Llegarían a darles la bienvenida si no fuera por que necesitaban su dinero?

—No te preocupes —respondió delante de todo el mundo—. Ellos tampoco piensan que seamos unas damas.

Sus hermanas se quedaron paralizadas.

—Sophie... —dijo Seline, en un tono de enorme incredulidad y no poco respeto.

—Bueno... qué inesperado... —añadió Sesily.

—¿Qué te he dicho sobre esa manía tuya de tener opinión? —siseó la condesa con un susurro—. ¡Estás arruinándote! ¡Y a tus hermanas contigo! ¡No hagas algo de lo que luego te arrepientas!

—Lo único que lamento es que el estanque no fuera más profundo —dijo Sophie, sin bajar la voz—. Y que no estuviera lleno de tiburones.

No sabía que esperaba que ocurriera en aquel momento; jadeos, tal vez. O silbidos. O agudos gritos femeninos. O incluso fuertes carraspeos masculinos.

Quizá tenía en mente un par de desmayos.

Pero no esperaba silencio.

No esperaba frío y exigente desinterés, o la forma en la que todos los asistentes a la fiesta le dieron la espalda y comenzaron hablar de nuevo como si ella no hubiera dicho nada. Como si no estuviera allí.

Como si, para empezar, nunca hubiera estado allí.

Lo que hizo que le resultara bastante fácil darles a su vez la espalda y alejarse.